

EL BISONTE MÁGICO




ESPASA

CARLOS VILLANES CAIRO

EL BISONTE MÁGICO

Carlos Villanes Cairo



ESPASA

© Carlos Villanes Cairo
© Espasa Libros, S.L., sociedad unipersonal., 2015
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en este formato: julio de 2015
ISBN: 978-84-670-4536-9
Depósito legal: B. 15.383-2015
Impreso en España – Printed in Spain

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Índice

Capítulo 1	11
Capítulo 2	25
Capítulo 3	45
Capítulo 4	63
Capítulo 5	83
Capítulo 6	99
Capítulo 7	111
Capítulo 8	127
Capítulo 9	145
Capítulo 10	161
Epílogo	175

1

EN la puerta del bar, María se detuvo unos segundos, dudó entre quedarse o salir, pero cobró valor y se dirigió a la barra. Preguntó a los camareros por Imanol, el ayudante del farmacéutico, y ellos se lo señalaron:

—Es aquél, de chaqueta marengo y pajarita de moño, sentado al fondo, junto a un señor de gafas.

Era casi mediodía de domingo. A esa hora de la mañana la gente más notable de Santander, después de la misa y antes de la caminata por el paseo marítimo, se reunía en el bar El Brillante para tomar el aperitivo. María no se paró hasta tener delante a Imanol y llamarle por su nombre.

—Sí, guapa, dime...

—Soy hija de don Marcelino...

—Eso ya lo sé —le cortó sin recato, acarició el filo del vaso que tenía delante y elevó la voz—, ¿en qué puedo servirte?

—¿Puedo hablar con usted en privado?

El hombre que acompañaba a Imanol se puso en pie, dispuesto a marcharse. El otro le cogió del brazo.

—Alto —le dijo y luego se dirigió a María—: Diga lo que le apetezca, con mis amigos no tengo secretos.

—No es ningún secreto —dijo ella y le miró a los ojos. Imanol tenía la mirada turbia del que ha bebido más de una copa—. Don Jacinto, el farmacéutico, ha salido al campo de cacería y no vendrá hasta la noche, su esposa me dijo que podía encontrarle aquí, por eso he venido a buscarle.

—¿Y bien?

—Mi padre está grave y necesita unos jarabes que encargamos a la farmacia hace una semana. ¿Podría usted entregármelos?

—¡No! ¡Hoy es domingo y la farmacia está cerrada! Y no se atiende ese pedido porque nos falta un ingrediente que llegará mañana o pasado de Madrid.

—Pero, supongo que puede ser sustituido por otro.

—¡No! Nosotros somos serios y si hay que aguardar...

—Mi padre está grave, no puede esperar.

—¡Ése no es mi problema!

—No tiene por qué gritar —dijo María con firmeza, y su voz retumbó entre toda la clientela del bar, que parecía haberse callado y la miraba con ese falso disimulo que hace más evidente la curiosidad.

—¡Yo hablo como a mí me apetece! —le respondió Imanol, con el alarde de quien se cree importante.

—Hombre, ya está bien, ¿no? —dijo el señor de gafas que compartía mesa con el gritón.

—Le ruego que me atienda —insistió valerosamente María, tragándose el bochorno.

—Ya le dije, hoy no abrimos... Además, su padre es un farsante y algún día tendrán que dar cuentas de lo que hace, ¿no?

—Miserable, ¿qué sabrá usted?

—Sé lo que todo el mundo sabe, que hay gente que engaña en nombre de la ciencia.

—¡Si mi padre muere, usted tendrá parte de culpa!
—le contestó María, vencida por el enfado.

—¡Mueren los enfermos, niña tonta, yo nada tengo que ver!

—No me diga más, infeliz, desvergonzado.

—Jovencita, si usted fuera hombre...

—¡Canalla! ¡Yo soy hombre! —dijo una voz interrumpiéndole.

Imanol se puso de pie y se volvió rápidamente. Tropezó con la silla que tenía delante y la apartó con violencia.

El bar entero contuvo la respiración.

—¿Quién eres? —vociferó, y como accionado por un resorte, movió la cabeza de un lado a otro, tratando de identificar a su contrincante.

—Un hombre, no un guaperas que presume de valiente con una chica —dijo y dio un paso adelante.

Todas las miradas fueron hacia él. Era todavía muy joven, de porte atlético, vestía con elegancia y parecía muy decidido. Su cuerpo contrastaba con el de Imanol, más bien desgarrado y en camino de la obesidad.

—¡Bah, chaval, retira esas palabras y me olvidaré lo que has dicho! —le retó en tono burlón.

—Primero discúlpate con esa chica y luego retiraré mis palabras.

El ayudante del farmacéutico se llevó a los labios

la copa que tenía entre las manos y la bebió de un sonoro trago, algo caballuno.

—Eh, niñato, tú no estás en edad para estar desafiando a la gente —lo escrutó con la mirada como para reconocer bien de quién se trataba y no lo pudo identificar. Se rió nerviosamente, luego adoptó una actitud agresiva y vociferó:

—No sé quién eres, forastero... ¡Anda... discúlpate y aquí no ha pasado nada!

—Se ofende a una chica y ¿que aquí no ha pasado nada? —le replicó el joven, apretó los puños y avanzó hacia Imanol.

Al ver la decisión del desconocido, el ayudante del farmacéutico volvió a sonreír como si quisiera ablandar la situación, pero lo que consiguió fue hacer más notable su nerviosismo. La sonrisa de su cara se transformó en una mueca.

—Bueno chico, no es para tanto —masculló, conciliador.

Y al comprobar que el muchacho se le acercaba, sin vacilar, Imanol empezó a sudar.

—¿Qué quieres chaval?

—¡Que te disculpes ahora mismo! —insistió el joven.

Se hizo un nuevo silencio. Las miradas divagaron entre Imanol y la chica.

—¡Perdone señorita, mi enfado no va con usted, sino con su padre! —dijo a media voz el ayudante del farmacéutico y fue a sentarse.

María no dijo nada. Sólo atinó a mirarlo con desprecio. Se volvió hacia la puerta y salió del bar, mientras los parroquianos encendían, a viva voz, los comentarios.

El desconocido también se fue y apresuró los pasos tras de la joven. María le sonrió con inquietud.

—Gracias, te has metido en un lío por mí —le dijo.

—Tal vez, pero he ganado una amiga —afirmó, sin inmutarse—. ¿Puedo hacer algo por ti? —le preguntó a su vez, cuando ya cruzaban la acera.

—No lo sé —el muchacho la miraba con admiración y ella le correspondió con una sonrisa cortés.

—Me llamo Ignacio —dijo y extendió su mano a la chica.

—Yo, María —se presentó ella, sintió la calidez de su piel y volvió a mirarle a los ojos—. ¿Tú no eres de aquí, verdad?

—No. A mi padre lo han trasladado y vine con él. Es funcionario de la aduana.

María pareció volver a la realidad.

—Mi padre es un científico que ha sido traicionado y, como has visto, sin conocer sus méritos algunos se han dejado arrastrar por la corriente... es una larga historia... y ahora está muy enfermo.

—¿Podría ayudarte de alguna manera?

—No. Debo ir a la casa del médico, al otro lado de la bahía, en la playa de El Sardinero.

—Si deseas te llevo en mi carro.

—Gracias, tengo el mío. Mira, es aquél —dijo y señaló uno, más bien pequeño, de dos ruedas tirado por un caballo moro y en él le aguardaba Pepín, hijo del mayordomo de su casa.

—Oh, es una tartana preciosa y también parece veloz.

—Sí.

Ignacio no se resignaba a perder la amistad de

María y aunque de primera intención prefirió no insistir para evitarle una molestia, finalmente, decidió ser obstinado.

—Si quieres puedo acompañarte.

Ella dudó unos instantes y luego dijo que sí, con un leve movimiento de cabeza.

—Dios, hoy día me sacuden —comentó Pepín y fue a sentarse sobre el maletero de la tartana.

Ignacio se acomodó en la baca y María atizó las riendas. El caballo arrancó al trote y empezó a subir una breve ladera desde donde se veían los acantilados, que cortaban las colinas verdes, y parecían hundirse en el mar entre la resaca blanca que producían las olas al estrellarse al pie de los farallones. El sol brillaba alto y la fresca brisa, después de lamer el lomo del mar, se adentraba hacia la tierra y acariciaba sus rostros con los vapores marinos cargados de sal y humedad.

Ignacio estuvo tentado de preguntar por qué en esa ciudad tan bella, sosegada y amistosa, se podía odiar a un hombre, mucho más si era un científico. Desistió de la idea. Trató de conseguir, con sutileza, un pretexto que le explicara algo, pero no lo hizo, prefirió respetar el silencio de la chica y, mientras continuaba el ascenso, se cruzaron de nuevo sus miradas sin decirse apenas nada.

Remontaron la breve colina desde donde podía divisarse la bahía entre azules de mar y cielo, verdes de bosque y jardines, blancos de velas y oros de playa; el faro solitario y el soleado perfil de la península de La Magdalena, anclada sobre los acantilados. Santander lucía como una chica guapa en primavera.

—¿Está muy enfermo tu padre?

—Sí —de nuevo el rostro perfilado de María, sin el menor asomo de maquillaje, se puso triste. Viéndola así, parecía cobrar con mayor fuerza una extraña belleza que estremeció a Ignacio.

—¿De qué padece?

—Del corazón. Es un hombre muy sensible y durante estos últimos años ha sufrido demasiado.

—Tu madre también debe de sentirlo mucho, ¿verdad?

—Mi madre murió hace tiempo.

—¿Y tus hermanos?

—Soy hija única.

Ignacio sintió una mezcla de admiración y pena. Estaba sola y luchaba por su padre, que moría despreciado por alguna gente de su propio pueblo.

—Te agradezco, otra vez, que hayas puesto en su sitio a ese hombre —dijo María.

—No fue nada.

—Fue mucho para mí.

De nuevo la brisa marina les sacudió el rostro, tal vez un extraviado coletazo del viento norte que buscaba refugio tierra dentro.

—¿Realiza tu padre investigaciones? —le preguntó Ignacio sin poderse contener.

María inclinó la cabeza y respondió:

—Sí, es abogado, pero la investigación científica le interesa más.

—¿Y por qué se puede odiar a un hombre de ciencia?

—Es una vieja historia relacionada con unas pinturas rupestres que descubrió. Algún día te contaré cómo fue aquello. Te juro que mi padre jamás ha sido un farsante.

—No jures —se apresuró a decir Ignacio—, yo te creo.

Empezaron a descender la ladera y al fondo se podía divisar una casa de dos plantas rodeada de arbustos.

—Allí es —dijo María.

En el portal, les recibió el doctor Perelló, un hombre con barba y cabello entrecano, médico de la familia desde hacía muchos años, que había sido alertado cuando el carro de María apareció en lo alto de la colina.

—María, hija, ¿qué pasa? —dijo, sereno pero frunciendo las arrugas por su sorpresa, cuando ya estaban muy cerca.

—Hoy por la noche se le acabará la medicina a mi padre y la farmacia no nos la ha proporcionado todavía.

—¿Será posible que esto ocurra a un paso del siglo xx? —mostró su enfado—. ¿Cuándo la solicitasteis?

—Hace varios días.

—Y él, ¿cómo está?

María quiso hablar y las palabras se le atragantaron en la boca. Bajó la mirada y no pudo reprimir el llanto.

—Está muriéndose... —susurró, apenas.

El médico, estremecido, tomó ambas manos de la chica.

—Tranquila, María, iré a verle inmediatamente —ofreció su brazo para ayudar a la joven a descender del carro—. Yo tengo unas muestras médicas que podrán aliviarle hasta que la farmacia pueda atenderos.

Ignacio y María se quedaron quietos en el portal. El doctor Perelló les dijo:

—No os quedéis ahí, pasad un momento al salón mientras preparo mis cosas—. Llamó a su criado y le pidió que le tuviera lista su tartana, que iba a salir pronto.

El médico reparó en Ignacio y le preguntó:

—¿Y tú quién eres, joven?

—Ignacio Luna.

—¿Luna? ¿Eres hijo de don Fernando?

—Sí.

—Hombre, mucho gusto. Anteayer estuve en el Club jugando al mus con tu padre —y le ofreció su mano que Ignacio estrechó con afecto.

El chico sonrió.

Entraron al salón. Era alto y grande, muy iluminado y su decoración sobria y antigua, propia del hombre solterón que vivía con su anciano padre, un criado-mayordomo, una asistenta-ama de llaves y tres perros.

De las paredes colgaban varios cuadros, y uno de ellos, enmarcado en pan de oro, tenía un extraño dibujo que, inmediatamente, llamó la atención de la joven. María, caminó hacia él y se quedó contemplándolo. Ignacio advirtió esa repentina inquietud y fue junto a ella.

Era un bisonte que parecía huir, pero en medio de su carrera volvía la cabeza hacia la espalda y miraba con los ojos asombrados a alguien que le perseguía. Los trazos del dibujo eran firmes y bellos, parecían realizados a pluma y en él sobresalían los ocre y rojos encendidos entre los medios tonos naranjas y magentas, sobre un fondo perfectamente contrastado de

veladuras amarillentas y color tierra, como el de las cuevas.

—El culpable... —dijo María, con la voz apagada. Ignacio la oyó apenas. Miró intrigado a la joven y le preguntó:

—Perdón, ¿qué has dicho?

Ella siguió contemplando la imagen como si estuviera deslumbrada y sola.

—El bisonte que va a matar a mi padre.

Era un bisonte que al muchacho no le decía, francamente, nada, aparte de los excelentes contrastes de sus líneas y colores que, sin duda, pertenecían a algún buen pintor contemporáneo, quién sabe si parisino, porque según decían por esos días, todos los hitos de la cultura venían de Francia. Pero Ignacio se sobresaltó en el acto, miró de reojo a María y no descubrió nada en particular. ¿Estaba esa chica en sus cabales?

El médico apareció provisto de su maletín y se dirigió a María al verla con la mirada puesta en el dibujo.

—Ese cuadro me lo regaló tu padre —había en su voz un ligero tono de orgullo.

—Me lo suponía —asintió ella y continuó mirándolo.

—Bueno, vamos, que se nos hará tarde —dijo el doctor Perelló.

El médico, subió a su tartana e invitó a Pepín a ir con él.

—La señorita María querrá hablar con su amigo —le comentó— y tú me puedes contar algo de Puente San Miguel.

—Gracias —le dijo Ignacio y subió al carro de María.

Volvieron a Santander y después de atravesar la ciudad tomaron el camino del sur. Se internaron por una vía angosta pero bien cuidada, flanqueada de eucaliptus que contrastaban con los pinos y los abetos, altos y corpulentos, que apiñados en las laderas de las colinas le daban un manchón de bosque y sombra.

—Mi padre sembró muchos de estos árboles.

—Vaya, qué bien.

—Cuando era joven participó en la forestación del valle y también sembró eucaliptus en toda la región.

El muchacho aspiró con fuerza el aire mentolado y tibio de los árboles y sintió cómo la fragancia, balsámica y gratificante, invadía su cuerpo.

—¿Piensas quedarte en Santander?

—¡No lo sé! —dijo Ignacio y devolvió la mirada a la chica—. Estoy atravesando un serio conflicto con mi padre, él y todos nuestros antepasados fueron hombres de mar y quiere que yo también sea marino.

—¿Acaso no es bello pilotar un barco?

—Para mí, no. Yo quiero ser médico, es mi sueño de siempre. Y mi padre no quiere oír una sola palabra de eso. Hoy mismo tuve una seria discusión con él antes de ir al bar.

—¿Y tu madre?

—Me apoya decididamente.

María sonrió:

—Lo conseguirás, Ignacio.

—No lo sé. Mi padre dice que si no voy a Cartagena a la Escuela Naval, no me dará un solo duro... si es así me marcharé de todas maneras de mi

casa y trabajaré en lo que sea para costearme los estudios.

María le contó que no tenía muy claro qué iba a estudiar en el futuro.

—Por ahora, con cuidar la salud de mi padre tengo bastante.

Se contaron cosas comunes, mientras el caballejo trotón devoraba los kilómetros hasta Puente San Miguel y esa primera travesía por el exuberante verdor de pasto y arboleda de Cantabria se les hizo muy corta a los jóvenes, tal vez muy poco, para cuanto querían decirse.

De pronto, a la vera del río Pas aparecieron los portales de la finca del padre de María.

—Aquí es —dijo la joven.

Atravesaron un espacio amplio sembrado con los árboles más exóticos de la tierra. Al llegar a la casona la chica llamó desde el portal, pero nadie le respondió.

—¿Padre? ¡Soy yo!

Y se sucedió un nuevo, prolongado y preocupante silencio.

María miró angustiada al médico y ambos se apresuraron a subir las escaleras.

Don Marcelino estaba tumbado sobre su cama, con los ojos cerrados y la rigidez de un muerto.

La muchacha al verlo sintió un retortijón en el pecho y corrió hacia el hombre yacente.

—¡Padre mío! —dijo angustiada.

Don Marcelino abrió levemente los ojos y dirigió la vista, cansada y triste, a los recién llegados.

—¿Y cómo está mi ilustre paciente? —le preguntó el médico, dando un suspiro de alivio.

—Con el pasaporte listo —respondió don Marce-

lino. Se le notaba muy enfermo, pero su carácter no dejaba de ser jovial.

—Espero que no tenga que usarlo todavía —dijo el médico.

—No debió molestarse en venir, doctor —respondió con voz pedregosa el enfermo—, hoy es domingo.

El médico se volvió hacia María.

—Déjanos solos, por favor.

El galeno se llevó a las orejas los auriculares del estetoscopio y auscultó con sumo cuidado el pecho del paciente.

—¿Hay dolores?

—Sí doctor, para qué voy a seguir engañándome, son continuos y muy fuertes —esperó unos instantes que el médico diera su diagnóstico y luego le pidió—: Dígame la verdad.

—Don Marcelino, me temo que el mal avanza.

—Se lo dije. En esta casa la muerte ya tiene permiso.

—¿Debo decírselo a María?

—Pobre niña, creo que ya lo intuye.

El médico llamó a la joven y le entregó unos jarabes que había traído consigo.

—Una cucharada de éste, cada cuatro horas, y dos de este otro antes de dormir.

Ella asintió solícita y dirigió la mirada al médico en busca de alguna respuesta.

El hombre, únicamente, movió la cabeza. Se despidió de todos, indicándole a María que le llamara si don Marcelino empeoraba.

La chica salió al portal donde le aguardaba Ignacio.

—Debo irme —le dijo el muchacho.

—Lo sé. Gracias por todo.

—¿Puedo volver a visitarte?

—Sí. Cuando quieras —respondió ella.

Ignacio montó en el carro del médico y partieron de retorno a Santander.

De nuevo la quietud del paisaje acompañó a los dos hombres.

—A don Marcelino le mata la ingratitud y el desdén —dijo el médico—, ha hecho una gran contribución a la ciencia, no lo han entendido y ahora se muere.

—¿Eso puede matar, doctor?

—La dignidad, joven. Su precio es muy alto.

—No entiendo.

—Es una larga historia... María ya te la contará.

—¿Está relacionada con un bisonte?

—Sí.

—Pero... en España ya no hay bisontes.

—Ahora no, pero los hubo hace miles de años —dijo el médico.